



Église Catholique – Arzobispado /Archevêché de Tanger
Fr. Emilio Rocha Grande – OFM / Administrador Apostólico
Rue Sidi Bouabdil. 55 B.P. 2116 - 90000 TANGER (Maroc)

¡DUC IN ALTUM! (Lc 5,4)

Carta a la diócesis al comienzo de un nuevo curso

Una vez concluido el tiempo que merecidamente hemos dedicado al descanso veraniego y también, en muchos casos, a actividades y trabajos distintos de los que nos ocupan durante el curso académico y pastoral, me dirijo cordialmente a todos con el saludo franciscano de Paz y Bien.

A lo largo de los meses transcurridos desde el pasado 10 de abril, cuando comencé formalmente mi servicio pastoral a la archidiócesis de Tánger como Administrador apostólico, he podido recorrer todas las parroquias y comunidades que constituyen nuestra Iglesia local y he conocido directamente muchas realidades de nuestra vida diocesana, así como los desvelos que los miembros de la vida consagra –y dentro de ella los presbíteros– y los laicos ponéis cada día para dar respuestas evangélicas a los múltiples retos que se presentan al hilo de lo cotidiano. Doy gracias a Dios por todo lo bueno que entre todos –y siempre con su gracia– llevamos a cabo.

Estamos comenzando un nuevo curso pastoral, un nuevo mojón en el camino de nuestra historia personal y comunitaria como Iglesia que peregrina en la archidiócesis de Tánger. Hoy, una vez más, como a los discípulos de la primera hora, Jesús nos dice “*Duc in altum!*” (Lc 5,4) invitándonos de nuevo a ponernos en marcha y salir a la misión. Su mandato no es cosa del pasado y hoy sigue resonando plenamente vivo y actual en nuestros oídos. Lo mismo que entonces, el Señor sigue diciéndonos: “*Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado*” (Mt 28,19-20). Esta misión, que en Marruecos tenemos que realizar de manera peculiar es, por otra parte, lo que nos identifica como cristianos en nuestras familias, parroquias, comunidades, y también como Iglesia diocesana y universal.

El Señor nos ha llamado a vivir la fe cristiana en un contexto poco propicio para un anuncio explícito del Evangelio: es un espacio en que encuentran eco profundo las palabras que san Francisco de Asís dirige en su Regla de vida a los hermanos que van entre musulmanes: “... *Y los hermanos que van, pueden vivir espiritualmente entre ellos de dos modos: Uno es, que no promuevan disputas ni controversias, sino que estén sujetos a toda humana criatura por Dios* (cf. 1Pe 2,13), y confiesen que son cristianos. *El otro modo es que, cuando vean que agrada a Dios, anuncien la Palabra de Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas...*” (1R XVI, 5-7). Teniendo muy presente la realidad marroquí en la que estamos insertos, las palabras de san Francisco son particularmente inspiradoras para nuestra manera de ser y estar como cristianos en tierras del Islam.

Con toda la Iglesia, somos y nos sentimos enviados a anunciar la buena noticia de la presencia del Reino en nuestro mundo, comunicando con la palabra y con la vida que no hay oro omnipotente sino solo Dios; queremos hacerlo con lucidez y audacia, conscientes también de que en la diócesis no somos muchas las personas implicadas directamente en la tarea evangelizadora, y en no pocos casos, además, las páginas del calendario se van acumulando de manera significativa en nuestro particular haber; es comprensible, pues, que estemos cansados y, en ocasiones hasta desalentados por la aparente o real escasez de la pesca en un contexto tan poco propicio para hablar del Padre y para llevar a las personas al encuentro transformador y salvador con Jesucristo. Sólo Dios conoce los frutos de la misión. Por ello, a pesar de que los tiempos no sean favorables –como tampoco lo fueron para los apóstoles en el lago de Galilea–, Jesús nos sigue diciendo: “*Duc in altum*”: “*Echad las redes para la pesca*” (Lc 5, 4). Quienes formamos la Iglesia diocesana de Tánger, lo mismo que san Pedro, fiados del Señor y confiados en su palabra, queremos decirle al inicio de este nuevo curso: “*Por tu palabra, echaré las redes*” (Lc 5, 5). Y lo hacemos con la alegría y la confianza de saber que Dios nos acompaña en nuestra vida y misión con la fuerza del Espíritu Santo.

Comenzar un nuevo curso pide de nosotros una carga fuerte de esperanza cristiana, que no es optimismo ni tampoco el ánimo renovado a la hora de empezar algo nuevo, sino la disponibilidad para acoger el don que Dios quiere regalarnos en este periodo de tiempo que estamos estrenando. En los avatares del nuevo curso el Señor nos saldrá al encuentro, ofreciendo cada día una oportunidad renovada para crecer y construir el reino de Dios. En toda circunstancia los cristianos somos invitados a vivir el tiempo como antípico de la eternidad y a experimentar los diversos acontecimientos de la existencia como un preludio de la vida en plenitud que se nos ha prometido en Cristo Jesús.

Permitidme traiga a nuestra memoria unas palabras del Concilio Vaticano II que pueden iluminar nuestra vida y misión a lo largo del nuevo curso pastoral:

“La Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero.

Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo.

Nuestro espíritu abraza al mismo tiempo a los hermanos que todavía no viven unidos a nosotros en la plenitud de comunión y abraza también a sus comunidades. Con todos ellos nos sentimos unidos por la confesión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y por el vínculo de la caridad, conscientes de que la unidad de los cristianos es objeto de esperanzas y de deseos hoy incluso por muchos que no creen en Cristo [...].

Nos dirigimos también por la misma razón a todos los que creen en Dios y conservan en el legado de sus tradiciones preciados elementos religiosos y humanos, deseando que el coloquio abierto nos mueva a todos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu y a ejecutarlos con ánimo alacre.

El deseo de este coloquio, que se siente movido hacia la verdad por impulso exclusivo de la caridad, salvando siempre la necesaria prudencia, no excluye a nadie por parte nuestra, ni siquiera a los que cultivan los bienes esclarecidos del espíritu humano, pero no reconocen todavía al Autor de todos ellos. Ni tampoco excluye a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de varias maneras. Dios Padre es el principio y el fin de todos. Por ello, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, con esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencias, sin engaños, en verdadera paz, a la edificación del mundo” (GS 92).

“La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en todos [los grupos humanos] con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió [...].

Es necesario que la Iglesia esté presente en estos grupos humanos por medio de sus hijos, que viven entre ellos o que a ellos son enviados. Porque todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el nombre nuevo de que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la confirmación, de tal forma que, todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban, cabalmente, el sentido auténtico de la vida y el vínculo universal de la unión de los hombres.

Para que los mismos fieles puedan dar fructuosamente este testimonio de Cristo, reúnanse con aquellos hombres por el aprecio y la caridad, reconózcanse como miembros del grupo humano en que viven, y tomen parte en la vida cultural y social por las diversas relaciones y negocios de la vida humana; estén familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubran con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten; pero atiendan, al propio tiempo, a la profunda transformación que se realiza entre las gentes y trabajen para que los hombres de nuestro tiempo, demasiado entregados a la ciencia y a la tecnología del mundo moderno, no se alejen de las cosas divinas, más todavía, para que despierten a un deseo más vehemente de la verdad y de la caridad revelada por Dios.

Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los ha conducido con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven, y tratar con ellos, para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a las gentes; y, al mismo tiempo, esfuércense en examinar sus riquezas con la luz evangélica, liberarlas y reducirlas al dominio de Dios Salvador” (AG 10-11).

“La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su Madre virginal, y a veces también la invocan devotamente. Esperan, además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por ello, aprecian además el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por tanto, aprecian la vida moral, y honran a Dios sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno.

Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el Sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren y promuevan unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres” (NAe 2).

Ante nosotros se abre un campo en el que estamos llamados a sembrar con la vida y la palabra la buena simiente del Reino, sin olvidar que el desarrollo de nuestra misión requiere necesariamente de algunas estructuras materiales. Como os he ido anunciando en los diferentes encuentros mantenidos en estos meses, estamos reorganizando la coordinación y animación pastoral de la diócesis. El organigrama diocesano se vertebrará en torno a cuatro delegaciones; las áreas pastorales que configuran cada delegación contarán con su respectivo equipo de coordinación, a ellos corresponderá en buena medida animar la elaboración del *Proyecto diocesano de Pastoral* que, contando con la aportación de todos, señalará las prioridades evangelizadoras y pastorales que habrán de orientar el itinerario a seguir en la diócesis.

Al encontrarnos en situación canónica de “Sede vacante”, tanto las delegaciones y comisiones como el nombramiento de quienes las constituyen tienen el horizonte de un año: desde el 15 de septiembre de 2022 al 15 de septiembre de 2023; de este modo el nuevo arzobispo –que pedimos al Señor poder tener como Pastor con nosotros cuanto antes– tendrá la posibilidad de actuar con mayor libertad al ratificar o no estructuras y nombramientos:

- **Delegación diocesana de Evangelización**
Obras Misionales Pontificias (OMP)
Comisión de Catequesis y Catecumenado
Comisión de Familia y Juventud
Comisión de Liturgia
Comisión de Medios de Comunicación Social

- **Delegación diocesana de Caritas y Acción social**
Caritas parroquiales
Delegación Diocesana de Migraciones (DDM)
Pastoral Penitenciaria
Otras Obras de carácter social

- **Delegación Diocesana de Ecumenismo, Diálogo Interreligioso y Diálogo Fe-Cultura**

- **Delegación diocesana de la Vida Consagrada**

Como todas las estructuras eclesiales, también las nuestras quieren afrontar y dar una respuesta adecuada al reto prioritario de la Iglesia, que sigue siendo la formación cristiana, la vivencia existencial de la fe y su transmisión a las nuevas generaciones. Como bien sabemos en los países de “tradición cristiana” la fe ha dejado de ser transmitida con los recursos y medios sociales externos con que, de modo casi natural, se hacía anteriormente y esta comunicación se reduce hoy, en la práctica, a aquello que la misma comunidad eclesial es capaz de ofrecer en la vida parroquial o de los grupos y asociaciones cristianas y por medio del empeño apostólico de los padres y abuelos dentro

de las familias; esta realidad es aún más evidente para la Iglesia que peregrina en Marruecos.

La archidiócesis de Tánger, constituida tradicionalmente por personas de origen europeo se está transformando rápida y progresivamente en una Iglesia en la que van siendo cada vez más numerosos quienes provienen de países del África Subsahariana; a ellos pertenecen la gran mayoría de quienes han recibido el Bautismo y la Confirmaciones a lo largo del pasado curso. Todos nosotros, hermanados por una misma fe, necesitamos seguir creciendo en el sentido de pertenencia eclesial, en la comunión que integra diferencias y peculiaridades culturales y en un renovado esfuerzo por vivir con coherencia la fe que nos une, dando con nuestra vida una adecuada razón de la esperanza que nos anima (cf. 1Pe 3,15), facilitando el encuentro personal con el Señor, ofreciendo a los catecúmenos un decidido primer anuncio y favoreciendo en todos una formación que permita continuar progresando y madurando en la fe.

La realidad de nuestra diócesis pide una mención especial la vida y misión que se sitúan dentro del ámbito de la delegación diocesana de Caritas y Acción social. La realidad marroquí hace que el testimonio de las obras sea particularmente apreciado y constituya para nosotros una manera privilegiada de comunicar la fe. Quiero mantener firme el compromiso de seguir apoyando la misión llevada a cabo con competencia, dedicación y empeño durante 11 años por la delegación diocesana de Migraciones que, a partir de ahora y manteniendo su nombre y siglas –DDM–, se ubicará dentro de la delegación diocesana de Cáritas y Acción social. El drama de la migración no ha perdido un ápice de su actualidad, y la Iglesia que peregrina en Tánger quiere seguir tendiendo la mano para contribuir a que quienes se ven forzados por causas diversas a abandonar sus países de origen, encuentren una comunidad cristiana que dentro de sus posibilidades los acoge integralmente, reconociendo en ellos el rostro doliente de “Cristo pobre y crucificado”.

La solicitud por las personas migrantes no nos ha de llevar en ningún caso a descuidar la atención y el apoyo que se está brindando a las realidades marroquíes socialmente vulnerables; en este sentido es encomiable la misión llevada a cabo por numerosas comunidades de vida consagrada y laicos que han de seguir contando con el respaldo de la diócesis en su servicio a las personas en riesgo de exclusión, a las familias en dificultad, y de modo particular a las mujeres y a los niños.

Todo lo anterior no puede ser vivido sino dentro de una Iglesia local animada por el Espíritu, en la que sabiéndonos discípulos, tenemos el claro convencimiento de ser misioneros que queremos construir cada día una verdadera comunidad de fe.

Como familia de Dios, laicos, vida consagrada y presbíteros, convocados para escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía y formarnos en la fe, estamos llamados durante el curso que ahora comenzamos a profundizar juntos en una fe abierta a la misión; para ello es particularmente importante dinamizar la vida en las parroquias y en las comunidades que las constituyen, de modo que sean el ámbito privilegiado para crecer corresponsablemente en la conversión pastoral a la que nos llama la Iglesia.

A quienes caminamos como Iglesia diocesana de Tánger, a lo largo de cada día del próximo curso el Señor nos bendiga y nos guarde, nos muestre su rostro y tenga misericordia de nosotros, vuelva su mirada hacia nosotros y nos dé la paz.

Tánger, 28 de agosto

Domingo XXII T.O.

Memoria litúrgica de san Agustín de Hipona



+Emilio Rocha haude ote